



Güenaga, Rosario

Santa Cruz vista por exploradores y primeros habitantes

Anuario del Instituto de Historia Argentina

2005, Nro. 5, p. 199-224.

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](#), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica éditada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida

Güenaga, R. (2005) *Santa Cruz vista por exploradores y primeros habitantes [En línea]. Anuario del Instituto de Historia Argentina, (5). Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3463/pr.3463.pdf*

Licenciamiento

Esta obra está bajo una licencia *Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons*.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>.

Para ver la licencia completa en código legal, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode>.

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

SANTA CRUZ VISTA POR EXPLORADORES Y PRIMEROS HABITANTES

Rosario Güenaga

CONICET

Resumen

Durante la primera mitad del siglo XIX la Patagonia austral argentina permaneció aislada y despoblada; recién en la segunda mitad, autoridades, científicos y pioneros empezaron a ocuparse de ella. A través de este trabajo iremos viendo distintas visiones y experiencias de algunos exploradores y pioneros, tomando como hilo conductor la isla Pavón –negocio de Luis Piedra Buena- y la zona cercana del río Santa Cruz. Esta región era, en esos momentos, la única parte del territorio con algunos habitantes. La factoría de la isla Pavón adquiere no sólo importancia económica, sino particularmente política, frente al desarrollo que va cobrando Punta Arenas y a los deseos del expansionismo chileno. Por esta razón nos detendremos, en un primer momento, en el nacimiento y los años iniciales de este enclave chileno, para comprender la trascendencia que se le debe dar al establecimiento de Piedra Buena, punto hacia donde se dirigía todo explorador y barco argentino y única barrera que existió durante mucho tiempo para defensa de nuestra soberanía.

Palabras claves: Ocupación de Santa Cruz, pioneros, viajeros, Luis Piedra Buena, soberanía.

Abstract:

Only after the second half of the XIXth century the Argentine Austral Patagonia begun to be occupied by authorities, scientists and pioneers. Through this paper we shall see different visions and experiences of some explorers and first habitants, taking as axis the Pavon Island and the zone next to Santa Cruz River. At that time, this region was the only part of the territory with some inhabitants. Pavon Island factory acquires not only economical but political importance in front of Punta Arena's development and the Chilean expansionism. Therefore, we shall begin studying the origin and first years of this Chilean enclave, so to understand the significance of Piedra Buena's settlement, point to which every explorer and Argentine ship used to betake, and for a long time the only barrier for the defense of our sovereignty.

Key words: Santa Cruz settlement, pioneers, travelers, Luis Piedra Buena, sovereignty.

De las dos naciones americanas vinculadas al extremo sur durante el siglo XIX, Chile es la que primero comienza a dar importancia a esta región. Forzada por las circunstancias, funda primero, en 1843, Fuerte Bulnes y, posteriormente, en 1848, inicia el traslado e instalación definitivos de la población de dicho fuerte, en el lugar denominado Punta Arenas. La presencia chilena en el estrecho da lugar a un conflicto, pues es una zona aún sin definición internacional en cuanto a la soberanía, y por lo tanto en litigio y discusión diplomática entre Argentina y Chile. La premura que ponen en ocupar un punto sobre la comunicación interoceánica se debe a los planes franceses sobre el estrecho de Magallanes. Francia quiere repetir la acción de los ingleses sobre Malvinas, de acuerdo a la importancia que le dan a la posesión de un apostadero en la

zona del estrecho para favorecer sus planes en la ruta de expansión hacia el Pacífico. La nación gala no quiere quedar atrás de Inglaterra en la carrera de dominio de las rutas, de acuerdo a los principios e intereses de las naciones industrializadas.

Los proyectos chilenos sobre la zona austral se remontan a la época de O'Higgins pero se concretan muchos años después, cuando el gobierno trasandino se notifica de los planes de las potencias europeas. Mientras que los argentinos, acuciados por conflictos internos, no nos decidíamos aún a afianzar nuestra soberanía en la Patagonia, Chile inicia con más rapidez una política definida y su gobierno se expande hacia el sur, concretando, con la fundación de Fuerte Bulnes en 1843 y posteriormente con la de Punta Arenas en 1848, su presencia en las regiones australes. Sin embargo, una actitud similar por parte de la Argentina tardará en llegar, y durante algunos años no se observará una política efectiva de colonización sobre Santa Cruz, posiblemente porque otros asuntos de urgencia inmediata distraen sus intereses y la obligan a volcar los esfuerzos sobre su solución.

La inclinación de Chile por dominar las zonas australes tiene vieja data, siendo uno de los incentivos más cercanos a la fundación del Fuerte Bulnes las distintas manifestaciones de interés por parte de naciones extra-americanas sobre aquellas tierras ubicadas en la ruta hacia el Pacífico. La permanencia británica en las Islas Malvinas causaba una singular alarma a nuestro vecino, quien a su vez sabía de los planes de algunos particulares por ocupar puntos estratégicos en el estrecho. Asimismo, la navegación a vapor y los diferentes adelantos técnicos que en dicha materia se fueron logrando, facilitan la travesía por el -hasta entonces- peligroso cruce interoceánico.

Por otra parte, la prensa londinense publica notas sobre la necesidad de establecerse en lugares como Bahía Posesión, Puerto Famine y Puerto Refugio, no sólo como centros de reabastecimiento de víveres y carbón (elemento del que era rica esa región), sino también como extensión colonial de las Malvinas, desde donde se podrían llevar algunas personas. Al interés británico se suma el francés, con neto corte competitivo, con lo cual resultaba evidente el expansionismo europeo hacia zonas aparentemente débiles y donde la presencia de una u otra potencia daría como resultado el claro control de la vital ruta comercial, que otorgaría beneficios especiales a quien concretara sus planes.

Fue en este momento —señala el historiador chileno Vergara Quiroz— cuando surgió por parte del gobierno y la prensa, el recelo frente a las expediciones inglesas y francesas, que surcaban los mares australes durante esos años.

Aquellas representaban a las naciones lanzadas en ese momento en una política imperialista y de expansión geográfica, como fue el caso de las Islas Malvinas arrebatadas a la República Argentina en 1833 por Inglaterra; la ocupación de islas de Oceanía, como las Marianas y Tahití, por parte de Francia en 1842 y las indudables muestras de interés por Magallanes de algunos franceses e incluso del propio gobierno galo (1).

Coincidentemente, en 1841 asume como presidente de la nación transandina el general Manuel Bulnes. No se trata de un cambio más del Ejecutivo chileno. El nuevo mandatario tiene una imagen especial. Héroe de la guerra contra la Confederación peruano-boliviana, había recibido la influencia directa de O'Higgins, con quien se inició en la carrera militar. Quizás el pensamiento del ex Director Supremo sobre la región magallánica debió pesar en la concepción político-estratégica del general Bulnes.

La ocupación del estrecho es para el nuevo presidente un compromiso histórico, a la vez que una expresión del creciente espíritu nacional que sigue al triunfo sobre Santa Cruz, y que se ve comprometido por la persistente presencia extranjera en aquellos parajes.

Es así como, siguiendo una política definida, Bulnes dispone el inmediato envío de una expedición militar que asegure la presencia chilena en la zona austral. Para ello encomienda al intendente de la provincia de Chiloé, don Domingo Espiñeira, la realización de la empresa que se organizaría en el puerto de "Ancud", nombre que se da a la nave destinada al traslado de los hombres al sur, bajo las órdenes del capitán Juan Williams. Embarcados en la goleta, el 21 de septiembre de 1843 arriban a Puerto Hambre después de 4 meses de travesía.

Lzada la bandera chilena, se levanta un acta que marca el inicio de la presencia efectiva en la región y cuyo texto señala lo siguiente:

En cumplimiento de las órdenes del Gobierno Supremo el día veintiuno del mes de septiembre del año mil ochocientos cuarenta y tres, el ciudadano, Capitán Graduado de Fragata de la Marina Nacional, don Juan Guillemos y asistido con el Teniente de Artillería don Manuel González Hidalgo, el Piloto 2º de la Armada Nacional don Jorge Mebán, el naturalista prusiano voluntario don Bernardo Philippi y el Sargento 2º Distinguido de Artillería don Eusebio Pizarro que actúa de Secretario. Con todas las formalidades de costumbre tomamos posesión de los Estrechos de Magallanes, y su territorio en nombre de la República de

Chile a quien pertenece, conforme está declarado en el Artículo 1º de su Constitución política y en el acto se afirmaron la Bandera Nacional de la República, con salva general de veintiún tiros de cañón.

Y en nombre de la República de Chile protesto en el modo más solemne, cuantas veces haya lugar, contra cualquier poder que hoy y en adelante trate de ocupar alguna parte de este Territorio. Y se firmaron conmigo el presente acta[...] (2).

El primer problema se plantea ya a los dos días, cuando se hace presente la fragata de la Marina de Guerra francesa “Phaeton” y enarbola en tierra la bandera gala. Sin embargo el conflicto que se origina concluye con la afirmación de Chile en el sitio.

Transcurrido más de un mes, el 30 de octubre, sobre la colina de Santa Ana se inaugura un fuerte denominado Bulnes en honor al mandatario nacional, constituyéndose con este acto el primer establecimiento trasandino en la zona austral. Así, cuando en noviembre debe regresar la goleta “Ancud”, quedan en el lugar once habitantes que serán los primeros pobladores del establecimiento, base del futuro desarrollo magallánico.

Por nuestra parte, teniendo en cuenta las características que rodean al hecho y sus circunstancias, podemos señalar lo siguiente:

En primera instancia se demuestra la intención francesa, acicateada por la presencia británica en Malvinas, de ocupar un punto estratégico en la región austral a fin de obtener un lugar privilegiado en la ruta comercial hacia Oceanía, actitud que se vio frustrada por el anticipo chileno. La documentación pertinente demuestra en forma clara la misión de la “Phaeton”. Las instrucciones dadas a Maissin, comandante de la fragata, le indicaban dirigirse a las islas Marquesas y ponerse a disposición del capitán de navío Brovat. Durante la travesía, al tocar Río de Janeiro, se encuentra con éste último, manteniendo largas conversaciones sobre los destinos de Francia en la política colonial que estaba dispuesta a encarar. Esta actitud incluía la exploración para levantar un futuro establecimiento en el estrecho o, en su defecto, preferentemente en la desembocadura de Río Gallegos (3).

En segundo lugar, se concreta la extensión geográfica de Chile hacia las regiones más australes, a través de una decidida, rápida y efectiva acción que se materializa en la “toma de posesión del estrecho” y en su defensa ante cualquier actitud *extra-chilena* que pusiese en peligro su presencia, con lo cual demuestran una clara política de expansionismo que evidentemente les dio favorables resultados, pues con ese acto alejaron definitivamente toda otra pretensión sobre el punto.

Por último se pone en evidencia la debilidad de la política argentina en materia austral durante ese período. Acosada por graves problemas internos y externos, la Confederación rosista no expresa de inmediato su posición.

Sólo en noviembre de 1847 sobrevino la protesta argentina, mediante la nota de su ministro de Relaciones Exteriores, Felipe Arana, en la cual advierte que la colonia fundada en el estrecho ataca la integridad del territorio argentino y se avanza sobre sus propios límites en mengua de su perfecto dominio y de sus derechos de soberanía territorial (4).

Como resultado concreto de la fundación de Fuerte Bulnes se acrecientan las aspiraciones chilenas sobre las regiones patagónicas, excediendo el objetivo del estrecho, con lo cual van necesariamente a chocar con los intereses territoriales argentinos, amenazados por la política transandina.

Mientras, el puesto de avanzada inicia lentamente su evolución. Con la partida de la “Ancud” queda en el lugar un pequeño grupo de personas, entre las que se cuentan dos mujeres, esposas de soldados. Un año más tarde, en 1844, la población aumenta con la incorporación de 60 hombres de una compañía de artillería y algunos desertores que purgan allí su castigo, arribando para esa fecha su primer gobernador, don Pedro Silva.

La vida no es sencilla en el precario establecimiento. Resulta evidente que dependían del reabastecimiento que provenía de las ciudades del norte, pues sus intentos de cultivos dan pálidos resultados y aun en la ganadería el panorama no es notoriamente mejor. Indudablemente, las malas condiciones del terreno que sirven de base al emplazamiento del Fuerte Bulnes conspiran contra su desarrollo. De allí que informen al gobierno central sobre aquella situación e inicien reconocimientos, motivados también por el deseo de mantener relaciones con los grupos aborígenes existentes en el sur. No sólo se pretende con esto abastecer de carne de guanaco y otros elementos al aislado establecimiento, sino también afirmar su posición frente a la Argentina, en función del acrecentamiento de sus vinculaciones con quienes ostentan el señorío patagónico

ante la ausencia de otro grupo humano. La incorporación del sector indígena a su política es evidentemente uno objetivo político-diplomático.

Todavía en 1847 el Fuerte Bulnes presenta un aspecto desolador. El agua escasea, los vientos castigan en exceso, la misma construcción se halla en estado deplorable y las once casuchas se amontonan en desorden, angustiándose sus pobladores por las escasas posibilidades de producción que brindan sus tierras.

En vista de la situación, al asumir en ese mismo año el nuevo gobernador, José de los Santos Mardones, no sólo comienza a insistir sobre la posibilidad del traslado a una zona más apta, sino que también decide concretar sus planes iniciando las labores previas al cambio de la población. Sin esperar la autorización oficial, organiza una expedición de reconocimiento con el fin de encontrar una ubicación más favorable, optando finalmente por una punta denominada por Sarmiento de Gamboa “Cabo San Antonio de Padua”, por el comodoro John Byron “Sandy Point” y por los naturales “Lacolet”. De todas se impone el nombre inglés traducido al castellano como “Punta Arenas”.

Al año siguiente, en 1848, se inicia el traslado definitivo, urgidos por el aumento de población y especialmente por un incendio que destruye la mitad del fuerte.

A partir de entonces comienza el abandono del primer establecimiento, y Punta Arenas, con mejores condiciones que el primero, se constituye en el centro de irradiación de las actividades chilenas en la zona austral.

Chile se afianza en el sur. En pocos años aumenta en forma interesante su población en la región y siembra con ello las semillas para el importante desarrollo magallánico.

La modesta población de Punta Arenas recién fundada —señala Martinic Beros— contaba apenas con ciento treinta y nueve habitantes entre soldados, colonos y relegados. Este número, más el constituido por aquellos que aún restaban en Fuerte Bulnes, que alcanzaba a ciento treinta y cinco personas, y más el personal destacado en los distintos puestos de guarda de ganado, hacía subir a doscientos ochenta el número de chilenos establecidos en las márgenes del estrecho de Magallanes seis años después de la ocupación (5).

Sin embargo, el crecimiento no sigue bajo la misma tónica; durante un tiempo prolongado se observa no sólo un aumento lento, sino también en algunos años un estancamiento y aun una disminución demográfica. La población que constituye el joven establecimiento chileno en 1851, reúne características especiales. En primer lugar predominan los funcionarios administrativos y los elementos militares, junto con sus

familias respectivas. No hay aún una definida política colonizadora; por el contrario, cuando se hace cargo de la gobernación el capitán de fragata Benjamín Muñoz Gamero, observa con desagrado el importante número de proscritos y delincuentes que son enviados a ese lejano punto a purgar sus condenas.

De esta forma se origina una sociedad donde los hombres de mal vivir y con antecedentes de graves delitos, habitan el lugar en convivencia con la parte colonizadora de la población, perjudicando indudablemente el desenvolvimiento social de Punta Arenas. Los primeros proscritos llegan en 1848 y tres años después hay 135 hombres con diferentes penas en la colonia. Tal situación afecta el normal desarrollo del poblado y provoca la queja del gobernador. Las características sociales ayudan a que en noviembre de 1851 se produjera un sangriento levantamiento dirigido por el teniente Miguel José Cambiazo que cuesta varias vidas, entre ellas la del gobernador Muñoz Gamero. Estos terribles sucesos provocan también la destrucción de lo que queda de Fuerte Bulnes y de varios establecimientos de Punta Arenas, poniendo en serio peligro la seguridad de la colonia.

Aunque desgraciadamente los hechos relatados no son los últimos actos de violencia, por lo menos sirven para alertar al Superior Gobierno sobre el destino de su política austral, afirmándose la idea de que debían mejorarse los esfuerzos colonizadores en el establecimiento. Sin embargo, cuando es nombrado el coronel Bernardo Philippi, en 1852, para dirigir los destinos de la colonia, no tiene una suerte distinta. Al llegar a Punta Arenas pretende reorganizar el poblado destruido por el motín de Cambiazo, pero poco duraron sus planes, pues en una excursión hacia un campamento indígena es asesinado por éstos sorpresivamente.

Superada la situación, Magallanes se transforma, el 8 de septiembre de 1853, en territorio de colonización, encabezado por un gobernador que es designado por el presidente de la República; y aunque a pesar del cambio Punta Arenas mantiene durante bastante tiempo su carácter militar y penal, los proyectos para acelerar su poblamiento fueron acentuándose.

El gobierno ha erigido en territorio de colonización a Magallanes con el propósito de fomentarlo —dice un parte del Ministro del Interior Varas—, promoviendo la inmigración a él de colonos extranjeros que radicándose allí introduzcan trabajos agrícolas o de otro género, se dediquen a los ramos de industria a que se preste la localidad y pueblen y cultiven esa parte del territorio de la República (6).

Para iniciar tal política el gobernador Schythe se mueve activamente, estudiando el clima y el suelo de la región, pero la colonización parecía no ser tan sencilla. De la

discusión sobre si convenía llevarla a cabo con chilenos o extranjeros prevalece el segundo criterio, haciéndose algunos primeros contactos con Hamburgo aunque sin resultados positivos. Así, la colonia quedará detenida por un tiempo, manteniéndose casi exclusivamente por el valor estratégico de la presencia en la zona.

Punta Arenas, como hemos señalado, se halla en un lugar privilegiado para el tráfico interoceánico y aunque no se puede hablar, dentro de esta situación, de una importante actividad comercial, es indudable que su favorable ubicación en la época en que el estrecho de Magallanes había tomado un valor singular dentro del movimiento marítimo, la beneficia. El solo hecho de ser el único centro urbano en las regiones más australes permite que naves de distintas nacionalidades recalen cada vez más frecuentemente, sobre todo desde 1860, en ese puerto, tanto para el abastecimiento de los barcos como para ofrecer distinto tipo de mercaderías a la reducida población.

Por otra parte, hasta la aparición de la factoría de la isla Pavón, es el único núcleo comercial que puede mantener relaciones con los indios de la región. Desde un primer momento se había manifestado el interés entre los dos grupos —el chileno y el aborígen— por iniciar prontas relaciones buscando mutuos beneficios. El trueque, ya que en realidad en eso consistía la transacción, no sólo empezó a hacerse entre los indígenas y los pobladores, sino también entre los primeros y los barcos que merodeaban las costas y arribaban al puerto de Punta Arenas. No olvidemos los contactos que desde siglos atrás habían mantenido con los navegantes que surcaban aquellas aguas. Pero la importancia de los vínculos con la colonia no radica exclusivamente en el intercambio, sino también en otros aspectos cuyos contenidos son trascendentalmente importantes para Chile. Además del trueque que va alcanzando sustanciales niveles, los tehuelches colaboran capturando y arreando el ganado alzado o proveyendo de caballada que por lo común extraían de los Valles de Última Esperanza, a la vez que desde el punto de vista político-estratégico también cumplen valiosas funciones. Sus posibilidades de movimiento y contacto con otras tribus les permite obtener noticias sobre las novedades surgidas en aquellos territorios y costas, que habitualmente ponen en conocimiento de los gobernadores magallánicos.

Mientras tanto, prácticamente deshabitada y bajo el dominio del señorío indígena, la región santacruceña se nos presenta como un enorme territorio que desde las experiencias españolas del siglo XVIII no conocía el asentamiento del hombre blanco en forma más o menos estable.

Esta situación se mantiene básicamente sin diferencias hasta que una nueva etapa de consolidación y expansión territorial comienza a incidir en la política de los

países americanos. Fruto generalmente de la organización y fortaleza de los gobiernos nacionales, el avance y la seguridad territorial empezará a adquirir una particular importancia.

La acción del gobierno argentino se conjuga con las actividades que Luis Piedra Buena realiza en la isla Pavón. El establecimiento y su dueño se transforman en baluartes de la defensa de la soberanía argentina sobre la Patagonia austral y si bien Punta Arenas es el punto irradiador del expansionismo chileno, la factoría de Pavón se convierte en un freno no sólo comercial sino también de protección de la territorialidad argentina frente a las ambiciones de Chile. Dada la importancia que tiene el establecimiento de Piedra Buena y los habitantes de la zona del río Santa Cruz consideraremos distintos exploradores y pioneros que pasaron por la región o vivieron en ella y describieron en sus memorias las experiencias vividas.

Doroteo Mendoza

Su relato no corresponde a un viajero científico, pero resulta interesante la consulta de sus memorias por la descripción que hace de los indios y su relación con el hombre blanco. Su escrito se llama *Diario y memoria del viaje al estrecho de Magallanes 1865-1866* y debe ser leído por quienes se dedican a estudiar la vida en el extremo austral. Doroteo Mendoza no era ni un intelectual, ni un explorador, ni un habitante estable. Permaneció en isla Pavón, pero su misión sobrepasaba la meramente comercial. Se lo describe como hombre de poca cultura, imprudente y de pasiones incontroladas. Su profesión era la de capitán de guardias nacionales y no tenía habilidad para la política internacional. No era una persona competente ni conveniente, y desconocía el suficiente equilibrio y adecuación a las circunstancias, pero su relato está lleno de datos interesantes, dignos de tenerse en cuenta.

Los textos de los “diarios”, motivo de estas líneas son el relato de la estada que Doroteo Mendoza realizó en el sur patagónico por los años 1865-6, ostensiblemente, como empleado de la factoría de Luis Piedra Buena en la isla Pavón, más en verdad a manera de agente de nuestro incipiente “servicio secreto”: había comenzado la cuestión de límites con Chile y el dominio de Patagonia era cuestionado.

Mendoza hizo otro viaje con igual destino pero con cargo diferente: lo hacía en calidad de secretario del indígena Casimiro Bivois a quien el Gobierno Nacional el año anterior había designado “Cacique Mayor” a más de otorgarle, de gracia, el grado de teniente coronel del ejército, con sueldo y raciones (7).

Resulta sumamente expresivo el relato que hace Doroteo Mendoza en su diario sobre la situación en aquellas lejanas zonas, aportando sugestivas informaciones para el investigador. Con respecto a la concentración de indios alrededor de la factoría señala que:

A las 5 de la tarde llegó el indio chasqui a la isla Pavón, de Santa Cruz, que lo envió el cacique Casimiro del punto de Comlel (según Vignati esta denominación corresponde a Coy-Inlet) donde quedó él alojado con una cantidad de 400 y tantos indios, chinas y criaturas tehuelches, que los había reunido: parte por el centro de la pampa y, otros, en la colonia chilena Punta Arenas, de Magallanes, en el mes de enero de 1865. El indio chasqui, en el momento que llegó a Santa Cruz, le dijo al capitán Luis Piedra Buena, que el cacique Casimiro le participaba que había reunido una cantidad de sus indios y que pronto llegaría con ellos a Santa Cruz, como le había prometido; que sus indios estaban contentos y deseaban llegar pronto (8).

Podrá imaginarse el lector la impresión causada por el arribo de tal cantidad de indios, que instalándose en una altura próxima al río rompían la soledad patagónica.

Las buenas relaciones establecidas entre los hombres de la factoría y los indígenas favorecen indudablemente el movimiento de isla Pavón, pues aparte de las actividades de caza y recolección del grupo de Piedra Buena, el aporte de los naturales en cuanto a pieles y plumas es importante. Los pobladores del establecimiento esperan con interés la llegada de los tehuelches, con el fin de continuar con el comercio que tiene más características de trueque que de una actividad mercantil moderna. Vale la pena señalar que los naturales reciben, entre otras cosas, comestibles a cambio de lo que aportan, pues a causa del continuo contacto con el hombre blanco habían adoptado algunas de las costumbres alimenticias de éstos, incorporando arroz, porotos y galletas a su dieta. Sin embargo, el acercamiento a la civilización no los beneficia, y sus exigencias de alcohol son cada vez mayores. Prácticamente no hay negocio en el cual el licor no participe. Su afición al mismo terminará por degenerar y aniquilar su raza; pero mientras tanto se engolosinan con el líquido que les aporta el blanco:

Llegaron 50 indios tehuelches a la isla Pavón, de Santa Cruz; cada indio tenía una cantidad de atados de plumas [de] avestruz, las que

negociaron con el Encargado de la casa de negocio del capitán Luis Piedra Buena. A la una de la tarde concluyeron de negociar los indios y regresaron para sus tolderías con una cantidad de 30 galones de aguardiente, que dio al Encargado; de modo que llegaron a sus toldos y principiaron a beber con algunas chinas que convidaron. Más tarde, llegaron otros indios a negociar plumas y pieles de guanaco, pieles de avestruz que tenían, de modo que, éstos recibieron algunos galones de aguardiente y se retiraron inmediatamente de la isla Pavón para sus toldos, a beber en compañía de los demás indios que había en los toldos[...] (9).

No es mucho lo que nos dice Doroteo Mendoza sobre las construcciones de isla Pavón, más se detiene en la descripción de los indios y los negocios que hacían con los blancos. A su arribo a la isla se presenta como empleado de la casa comercial que actuaba en Pavón, pero según señala la nota al pie de página del diario, pronto se lo verá actuar como un agente secreto en actividades que nada tienen que ver con la empresa de Piedra Buena.

Primer día de mi llegada al punto de Santa Cruz. Me recibió el Encargado de la casa de negocio del Capitán honorario de marina don Luis Piedra Buena en la isla Pavón de Santa Cruz, en cuyo punto tenía que negociar con los indios Tehuelches argentinos del estrecho de Magallanes y punto de Santa Cruz[...]Partió de la isla Pavón, de Santa Cruz, un indio Tehuelche que el día anterior había llegado de chasqui, cuyo indio conducía para el cacique Casimiro varias encomiendas. A las 11 del día se hizo a la vela del río Santa Cruz el Capitán Luis Piedra Buena en su pailebot Espora, argentino, con carga para el estrecho de Magallanes. En la isla Pavón quedaron tres al cuidado de la casa del Capitán Luis Piedra Buena para que negociasen las pieles y plumas que tuviesen reunidas y recibiesen sus raciones.

Se hallaban arrancando piedras los individuos que estaban al cuidado de la casa del Capitán Luis Piedra Buena para edificar, más tarde, una casa y aumentar la población en aquel punto de Santa Cruz. Previos fuegos al S. Del río Santa Cruz, cuyos fuegos eran incendiados por los indios Tehuelches que marchaban para Santa Cruz, los individuos que

estaban al cuidado de la isla Pavón se entretenían en labrar unos palos para colocar en el techo de la nueva casa que está al concluirse. A las 11 del día se hallaban colocados los tirantes en el techo del nuevo edificio; una hora después vid [e] una gran humareda al S. Del río Santa Cruz de los fuegos incendiados por los indios Tehuelches argentinos que los manda el cacique Casimiro. A hora que se puso el sol alojaron los indios 6 leguas distantes de la isla Pavón, de Santa Cruz (10).

A pesar de la rusticidad en el manejo del lenguaje y de la evidente falta de capacidad intelectual para la redacción, el relato de Doroteo Mendoza resulta sumamente rico en las descripciones sobre las relaciones entre los blancos y los indios, y aunque en su diario ignora particularidades del establecimiento de isla Pavón, son sumamente interesantes los relatos que hace sobre los negocios y los indios, tanto en el orden comercial como político (desnuda las negociaciones entre Argentina y Chile por captar la adhesión de los aborígenes).

Julia Dufour de Piedra Buena

La figura de esta pionera se destaca principalmente por su matrimonio con uno de los más importantes hombres de la historia de la región austral, y sus palabras, describiendo su arribo a isla Pavón, permiten comprender el impacto que le produce el traslado abrupto de un hábitat a otro totalmente diferente. Sus expresiones describen claramente el choque de dos culturas y las dificultades que incluye el cambio desde lo que la visión occidental considera un modo de vida “civilizado” -el de Buenos Aires- hacia un ambiente de frontera como el de Santa Cruz en esos momentos.

Si bien la presencia de Luis Piedra Buena en el establecimiento de isla Pavón no es permanente debido a sus vastas actividades en los mares sureños, en 1868, recientemente casado, se traslada con su esposa a Santa Cruz. El cambio de medio físico, social y cultural es enorme, y la descripción de los sentimientos que le inspira a Julia Dufour de Piedra Buena el descubrimiento de la realidad santacruceña tiene tan variados contenidos, que constituye un auténtico resumen de la vida en la frontera pionera. La esposa de Luis Piedra Buena no es una expedicionaria sino que cubre el rubro de las primeras colonizadoras. Mujer acostumbrada al bienestar de Buenos Aires y criada dentro de una familia que vivía con comodidad, sigue a su marido al extremo sur, sufriendo el transplante como un cambio agresivo a su naturaleza y hábitos. Es una de

las primeras mujeres que desde Buenos Aires se trasladan a Santa Cruz, y por lo tanto una de las primeras en sentir el paso abrupto de la civilización a la rusticidad del área de frontera, donde a las incomodidades y precariedades existentes se agrega la naturaleza dura de la costa y la convivencia con el indígena. Lo que para un explorador podía resultar una curiosidad y un interesante dato para los estudios y las anotaciones en sus memorias, para las primeras pioneras no es fácil de soportar, y viven el golpe del cambio muchas veces con dolor e incapacidad para la adaptación. Claramente expresiva resulta la descripción que hace Julia Dufour de Piedra Buena cuando pisa isla Pavón, recientemente casada:

Al desembarcar en la isla [Pavón] fuimos recibidos con muestras del más ardiente júbilo por los marineros que Luis había dejado para custodia de la bandera y para plantel de la colonia. En la plaza nos esperaban dando fuertes y extraños gritos una turba de indios cuya presencia me causaba cierto temor que se trocaba cada vez más en lástima. Cuando puse mis pies en tierra Luis me presentó al más anciano de los indios, que hablaba un poco castellano; a un grito de éste empezaron las indias a rodearme y después de una porción de ceremonias llenas de bruscas piruetas que me hubieran hecho reír de buena gana a no estar mi ánimo fuertemente impresionado a la vista de aquellos míseros seres, que parecían abandonados a la mano de Dios, entonaron un canto tanto o más salvaje que la perspectiva del panorama que aquellos parajes desnudos de verdura ofrecían a mis ojos. ¡Qué triste es esta tierra! Lo único que alegró mi alma fue la blanca casita que se destacaba en el centro de la isla como una blanca gaviota reposada sobre las aguas de un mar tranquilo; y al ver la bandera de mi patria que ondeaba en un palo enfrente a la casita, no pude contener algunas lágrimas de alegría, porque aquella bandera traía a mi memoria los recuerdos de mi querida Buenos Aires, con los seres que allí amo, y de gratitud, porque como argentina, con alguna debía pagar al hombre que gasta su vida y sus intereses para servir a la patria, y a la humanidad del modo y con el desinterés que lo hacía mi pobre Luis (11).

De hecho Julia Dufour pasa sólo un tiempo en la factoría de su marido, luego se traslada a Punta Arenas y finalmente se establece definitivamente en Buenos Aires.

George Musters

El relato de George Musters sobre la Patagonia austral -*Vida entre los Patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro* (Londres, 1871), es una de las más ricas descripciones de la región, el establecimiento de isla Pavón y sus hombres. Marino de origen británico, Musters emprende en 1869 un viaje hacia el extremo sur americano, iniciando un trayecto que empieza en Punta Arenas y continúa hasta Carmen de Patagones. Recorre 2.700Km. por la patagonia con las tribus de Casimiro y Orkeke, haciendo reconocimientos desde la costa hasta la precordillera (río Limay) hasta arribar, finalmente, a Carmen de Patagones. A pesar de ser un largo viaje, no logra realizar los estudios topográficos y geográficos proyectados, debido a los constantes desplazamientos y al hecho de encontrarse sujeto al itinerario de los indios con los que convive. Aun así no pierde su espíritu explorador. Realiza un estudio de la sociedad de los distintos lugares y circunstancias con singular valor de descripción, poniéndose en contacto directo con los hombres del sur argentino, compartiendo su rústica vida y trasladándose con los tehuelches durante más de un año, en un trayecto lleno de peligros y dificultades. Su larga permanencia con los indios lo lleva a mimetizarse con sus usos y costumbres, y así cuando finalmente arriba a Carmen de Patagones, lo hace en estado de suma debilidad, envuelto en pieles que le habían proporcionado los tehuelches. Esto muestra el buen trato de los nativos, quienes le dieron un quillango y unas botas de potro cuando se gastaron sus ropas y su calzado. La expedición se realiza entre 1869 y 1870, y la mayor importancia reside en la descripción que hace de las poblaciones nativas y de su territorio, entonces desconocido. La riqueza de sus memorias le valieron el reconocimiento de la Royal Geographical Society.

En su libro, Musters describe la isla Pavón. Esta isla, originariamente llamada "Isla del Medio" o "*Islet Reach*", había recibido su nombre definitivo gracias a Luis Piedra Buena, quien en 1859 había remontado el río Santa Cruz a bordo del bergantín Nancy, y al arribar a esta isla la rebautizó en homenaje a la victoria militar de Mitre.

La colonia o factoría de Santa Cruz —relata Musters— se compone de sólo tres casas construidas en una isla llamada Pavón, indicada con el nombre de Isla del Medio, en Islet Recae, en la carta de Fitz Roy. Es propiedad de don Luis Piedra Buena[...] La isla tiene como una milla y media de largo, y un ancho de 350 yardas, término medio. Se

llega a ella desde la costa sur mediante un vado, de unas 50 yardas de anchura, por el que sólo se puede pasar cuando el agua está baja[...]Como a cien yardas del vado está la casa principal, sólidamente hecha de ladrillo, con techo de tejas, con tres piezas y una especie de portal donde se ve un cañón de nueve libras, que domina la entrada. Está defendida además por una empalizada sobre la que ondea la bandera argentina y detrás de la cual hay un foso que se llena de agua con las mareas de primavera. El objeto de estas fortificaciones es defender el lugar en caso de que los indios lleguen a molestar cuando se encuentran bajo la influencia del aguardiente. Aunque Mr. Clarke [empleado y administrador de la factoría] contaba algunas escenas curiosas que había presenciado, durante su excelente administración él había alejado hasta entonces todo peligro, y la honradez de sus tratos con los indios había asegurado la amistad con estos. Se había establecido una tarifa ordenada con precios equitativos, y que se observaba escrupulosamente por la que se regulaba el trueque de plumas de avestruz y pieles; y, aunque los indios son grandes regateadores, y muchas veces se están dos o tres horas discutiendo el precio reconocían la equidad con que les trataba. La segunda casa estaba situada como a cincuenta yardas de distancia; y, como se la usaba comúnmente en calidad de depósito, tenía el nombre de Almacén; vacía entonces, una pieza servía de dormitorio a algunos de los hombres, y la otra había sido cedida a Casimiro y su familia. La tercera casa, que se alzaba en el extremo oriental de la isla, estaba desocupada. Junto a ella se había labrado una pequeña extensión de terreno, cultivándose con buen éxito, papas, nabos, y otras legumbres (12).

Vale aclarar que, además de Pavón, se habían concedido a Luis Piedra Buena varias leguas del territorio en torno del río Santa Cruz, comprendiendo otras pequeñas islas adyacentes y unas salinas. Musters vive un tiempo en la factoría y nos deja una descripción de la actividad en la zona. Según su relato, aparte de las específicas labores que se cumplen dentro de la isla, también se intenta desarrollar en la meseta algo de ganadería, en principio traída de Río Negro y Malvinas. Sin embargo el proyecto no tiene éxito, pues las depredaciones de los pumas atentán constantemente contra el ganado, y el campo abierto dificulta el cuidado y control de los escasos animales, que rápidamente se convierten en baguales. Aun así logran criar algunas ovejas, que a pesar de ser las más adaptables por su resistencia, merman considerablemente en el invierno. También llevan a la factoría algunas vacas, cerdos y otros animales domésticos, fundamentalmente para ayudar al mantenimiento de la pequeña población; pero indudablemente el más apreciado en esta etapa es el caballo, necesario no sólo para el transporte, sino también para realizar cacerías de guanaco y avestruz.

De hecho, todas estas actividades se mueven dentro de un margen de escaso desarrollo, pues por un lado los cultivos naturalmente tienen pocas posibilidades, y por otro, la ganadería, que con el tiempo se convertirá en la columna vertebral del desarrollo del territorio, aún no había llegado a su momento de despegue.

Por otra parte, en aquellos momentos la región ofrece otras posibilidades, que desgraciadamente no son utilizadas en su plenitud. Dentro de la concesión que el gobierno da a Piedra Buena, se incluyen las salinas cercanas a la isla Pavón. Durante una parte del año se podía extraer una considerable cantidad de sal, que se utiliza para el consumo y la salazón de cuero de lobos. Sin embargo nunca son explotadas en forma realmente intensa y rentable, aunque varios viajeros señalan el valor económico que representaría su exportación a las Islas Malvinas; la misma naturaleza de los pobladores del establecimiento y su espíritu demasiado inquieto no favorece el aprovechamiento sistemático de la sal.

El establecimiento de isla Pavón es un centro importante del comercio de pieles de guanaco y plumas de avestruz, siendo visitado por tehuelches, quienes intercambian sus productos de caza por harina, galleta, yerba, géneros y aguardiente. La visita de los tehuelches es un hecho repetido y familiar. Las relaciones cordiales revisten muchas veces formas que podrían caracterizarse de ceremoniales, llevando implícito un especial tratamiento social entre dos grupos culturales distintos que conviven en un mismo espacio. Concurrentes asiduos tanto de los establecimientos comerciales de Punta Arenas, como de la factoría de Piedra Buena, los tehuelches comercializan constante y abundantemente con los blancos. Pasando en un bote a la isla, los indios ofrecen plumas y quillangos a cambio de víveres.

La factoría, convertida en una verdadera casa de comercio, tiene un personaje muy singular llamado William Clark, joven de New England, criado en Salem, Massachusetts, quien instalado en las tierras sureñas, a fines de 1860 dirige el negocio y a un pequeño número de empleados, en calidad de gerente.

Musters, agudo observador de esta época, describe de la siguiente forma la vida en isla Pavón y a sus habitantes:

En total eran cinco los empleados que tenía a sus órdenes el encargado mister Clarke. Pero no imperaban diferencias sociales; los habitantes de Pavón vivían en un agradable pie de igualdad.

El cuidado de los perros y de los caballos y la obligación de suministrar la carne incumbía a dos: González, un gaucho natural de Patagones,

que se encontraba tan bien en la goleta del capitán Luis, en una excursión lobera, como a caballo boleando un avestruz, y Juan Isidoro, un hombrecito atezado, cuyos brillantes ojos revelaban su sangre india, natural de Santiago del Estero; éste había sido enviado como soldado a Río Negro, donde había conseguido desertar agregándose a la tribu Orkeke al momento de ponerse en viaje para el sur hasta la isla Pavón. Viene luego Juan Chileno, mozo de 19 años, vivo, de cutis fresco, cuyo aspecto era consolador después de las fisonomías atezadas y curtidas de los demás. Luego Antonio, un portugués alternativamente gaucho, pescador de ballenas o cazador de lobos, siempre pronto con una canción o una broma alegre, y en oportunidad listo con su cuchillo. Hollstein era el último, pero de ninguna manera el menos interesante; sujeto corpulento, bondadoso, un poco estúpido, a quien los demás elegían generalmente como cabeza de turco llamándole “el Cooke”, apodo que le había valido sus muchos viajes como cocinero a bordo de varios buques[...] Este puñado de hombres de temple decidido que el capitán Luis en sus frecuentes ausencias de su factoría, dejaba a las órdenes de mister Clarke, y que habían llegado a reunirse en ese risueño rincón del todavía desierto territorio de Santa Cruz, y que, para decir la verdad, se habían fugado todos de su propia tierra por alguna razón, trabajaban alternativamente cazando, traficando, matando lobos y sacando sal de la salina. Recibían un sueldo fijo que, por lo general, resultaba cancelado por una cuenta de ropa, etc., en el almacén. En las expediciones loberas todos tenían su parte[...] y por trabajar en la salina se les daba un extraordinario, bien merecido especialmente en esa época, porque la tarea implicaba dormir al raso varias noches seguidas y en pleno mayo patagónico. Esos eran mis compañeros de residencia en la isla Pavón, aparte de los cuales había más de una veintena de perros de todas clases, que dormían de cualquier modo y en cualquier parte, y seguían a todo el mundo, dando por supuesto preferencia a sus dueños. Poco tiempo después de mi llegada mister Clarke hizo un inventario de las existencias de vituallas, cuyos depósitos no podían volver a ser provistos, hasta el regreso de la goleta. Se vio que la cantidad de galleta y de azúcar bastaría apenas para el consumo de un mes. Por

consiguiente, se hizo partes iguales de esos artículos y cada cual recibió la suya, para usarla con economía o desconsideradamente, a su gusto (13).

Mister Clark es un hombre que inspira gran respeto, durante este ciclo es prácticamente una de las figuras pioneras más importantes, a quien había que recurrir si se quería entrar en buenas relaciones con los indios. Conocido por éstos como "Clarkalata", Musters señala con notable agradecimiento como su seguridad en la patagonia se vio beneficiada por el respaldo de mister Clark; quien había ganado la amistad de los naturales por su honradez y el conocimiento de la personalidad indígena, que valorizaba en forma especial.

La vida del establecimiento es, como se ha visto, muy simple y democrática. Rodeados de perros, los pobladores alternan el trabajo con la caza, el mantenimiento de sus aperos o la extracción de sal, sin que la ociosidad o el aburrimiento pudiera dominarlos. Los juegos de cartas son una de sus más frecuentes y preferidas diversiones en los ratos de descanso. "Las tardes las pasábamos entregados al 'brag', un juego de naipes americano. Las apuestas eran unos cuantos porotos negros contra una caja de fósforos, y el juego se hacía tan excitante como si cada poroto hubiera sido una moneda de cinco dólares" (14).

Francisco P. Moreno

Resulta obvio, en este trabajo, hablar de la personalidad y la labor del Perito Francisco P. Moreno, por ser ampliamente conocida su trayectoria y el valor de sus estudios e investigaciones. Hombre de especial significado para la historia patagónica, en sus expediciones realizó descubrimientos y estudios de singular importancia. Ampliamente conocidos por los historiadores, antropólogos y geógrafos, sus antecedentes nos inhiben de repetir datos que resultan redundantes. Solamente trataremos las partes de su trabajo que tienen relación con nuestro hilo conductor, que es isla Pavón y la zona de Santa Cruz. En su obra *Viaje a la Patagonia austral* el notable científico y explorador también describe al único establecimiento blanco asentado en el extremo sur argentino.

La isla Pavón, cuyo nombre ha sonado tanto en nuestra cuestión con Chile, es la que en la carta de Fitz Roy lleva el nombre de Islet Reach, y

pertenece, por donación que de ella le hizo el Gobierno de la Nación, al capitán Piedrabuena. Mide, más o menos, dos kilómetros de largo, comprendiendo pequeñas porciones de tierra situadas en sus extremos, que se convierten en islas, cuando la marea o la creciente es grande. Su anchura mayor pasa de trescientos metros. En el centro está situada la población principal, que consiste en cuatro pequeñas piezas unidas y un corral para el ganado y los caballos. Rodea todo esto una palizada, que en otro tiempo pudo servir de defensa. Esto, un pequeño cañón desmontado y unos cuantos fusiles viejos, son las fortificaciones y armamentos que en varias ocasiones han alarmado a nuestros intranquilos vecinos del Estrecho.

Fuera de la palizada, hay otras dos piezas separadas; una sirve de almacén para negociar con los indios y la otra para depositar las materias primas que éstos cambalachean con los cristianos.

Antiguamente, el foso, que se llenaba con las aguas de las mareas, rodeaba la humilde construcción del centro sobre la cual flotan hace veinte años los colores de la patria (15).

Si bien no menciona a los habitantes de la factoría, hace otro tipo de descripciones interesantes sobre las características de la isla. Además de señalar su distancia de la costa, realiza una breve descripción de las aguas que la rodean y de las mareas que en ocasiones anegan la isla. Por su testimonio se puede observar que en la isla Pavón no se dedican exclusivamente al comercio y a la caza (sus dos actividades principales), sino que también hay una huerta, donde los habitantes de la isla cultivan legumbres y obtienen buenas cosechas, logrando una suerte respetable con los plantíos de trigo. Por su descripción se nota que la tierra es feraz, cubierta por un tupido y elevado pasto que sirve de alimento a caballos, cabras y ovejas. También hay cerdos y más de cien gallinas y patos, que sirven de alimento a los pobladores de Pavón. En cuanto a los animales propios del lugar, menciona numerosas palomas y avestruces domesticados. La gran cantidad de perros, en constante movimiento y bullicio, indican el gusto por la cacería en los hombres de la isla, actividad con la que procuran no sólo elementos para el comercio, sino también sus alimentos preferidos. Si bien no trata en particular a los pobladores de Pavón, tiene algunas palabras sobre el tipo de vida que allí se llevaba:

En suma, esto es una pequeña chacra, semejante a las de las inmediaciones de Buenos Aires, donde, si bien falta la inmensa pampa, domina la triste meseta.

La vida que aquí se pasa es monótona, pero la visita que hacen de cuando en cuando los indios tehuelches, que llegan en procura de los resultados de la industria europea a los cuales van acostumbrándose de tal manera que ya les es muy sensible pasarse sin ellos, proporciona distracción a sus habitantes, tomando compensación al mismo tiempo del sacrificio que hacen los que viven en este punto (16).

Ramón Lista

Autor de *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia 1877-1880*, es un hombre de múltiples y ricas facetas. Ramón Lista es denominado por Néstor Auza como perteneciente al grupo de la generación del ochenta. Fue científico, explorador, geógrafo, escritor y gobernador del territorio nacional de Santa Cruz. Aunque su nombre es poco conocido, realizó una importante labor a favor del país especialmente en las exploraciones realizadas a la patagonia. Reconoce haber recibido la influencia de George Musters, de Francisco Moreno y de Carlos María Moyano. Observador agudo, hace un minucioso relato de la flora, fauna y geografía del lugar, pero su interés científico no lo inhibe de realizar interesantes relatos que hace de los hombres y la sociedad de Santa Cruz. En lo que denomina *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia 1877-1880* detalla costumbres y particularidades de los indios tehuelches australes, con quienes convive, describiendo en especial los tratos comerciales con los hombres de Punta Arenas que se adentraban en el desierto para vender raciones de distintas cosas y, sobre todo, de alcohol. En su viaje por las tierras australes conoce a pioneros y baquianos asentados en el páramo patagónico, quienes lo acompañan en algunas exploraciones. En su libro, Lista incorpora interesantes datos sobre sus nombres, costumbres y tipo de vida, con lo cual rescata del olvido a interesantes personajes que vivieron en la etapa primitiva.

Con respecto a la isla Pavón y el establecimiento de Piedra Buena –el hilo conductor del presente trabajo- Lista realiza una interesante descripción. Recibido con alegría por los habitantes de la factoría, particularmente por el subteniente Moyano y Pedro Dufour, se establece un tiempo en ella y realiza diversas exploraciones. Su visión

de la isla Pavón demuestra una posición intermedia entre la de Julia Dufour y la de Musters. Del lugar y del establecimiento dice lo siguiente:

Hay en ella una casa muy confortable para aquellos parajes; y dos piezas más, separadas de aquella por un centenar de pies, donde se guardan los víveres.

El casucho es bajo, edificado en barro y está rodeado de una palizada que forma por la parte del Este un pequeño corral donde se recogen en la noche ovejas y hermosas cabras de Angora, que proporcionan a los moradores de Pavón abundante leche y rica manteca.

La isla no es sino un antiguo banco de arena que se ha ido elevando con los detritus que arrastra el río. Su vegetación es muy rica, habiendo observado 10 especies de plantas indígenas y otras europeas como el *Triticum vulgare*, el trigo, que se había cultivado en otro tiempo. No hay árboles en ella, ni creo resistieran a los silbantes vientos de la Cordillera, que encrespan incesantemente las correntosas aguas del río.

Como paisaje, la isla "Pavón" es bastante triste, y la vez primera que la divisé a lo lejos, perdida entre la luz azulada de la tarde, sentí una impresión de tristeza.

Los habitantes de ese pedazo de tierra, tan apartado de la civilización, viven entregados a los placeres de la caza y la lectura.

El subteniente Moyano me decía con frecuencia: "Esta vida tiene encantos que no conocéis en Buenos Aires; en este islote se goza la paz del alma".

Nuestros compatriotas emplean el verano en frecuentes excursiones a los campamentos tehuelches, pero llegando el invierno se encierran en la casa, o sólo se alejan de ella para ir a matar algunos guanacos o avestruces que sirvan de alimento a los numerosos perros que habitan la isla. Pero la caza escasea y falta muchas veces, y, entonces los famélicos perros se introducen en las piezas donde se guardan los víveres y devoran cuanto encuentran al alcance de sus dientes.

Pavón es el paradero obligado de los indios y cristianos que cruzan el río, pues como éste no es vadeable en ningún punto, vense forzados a cruzarlo en los botes del Sr. Doufuor (sic) (17).

Pero el objetivo más importante de Lista no es la isla Pavón, sino descubrir el nacimiento del río Chico. Para ello recibe información de los indios y del subteniente Moyano, quien va con él en la expedición. A poco de salir de Pavón divisan unos toldos en el fondo de un Cañadón. Allí se encuentran con dos criollos que viven con los indios. La amabilidad de los gauchos se confunde con las simpatías de los tehuelches, de conocida hospitalidad hacia los viajeros, que a su vez conquistan a los indios regalándoles camisas, collares, sortijas y espejos.

Uno de los criollos es Manuel Coronel, casado con una tehuelche llamada Rosa, quien durante el encuentro ofrece a los visitantes tortas fritas y mate hecho en un cacharro de lata con un desagradable olor a grasa de avestruz. Después de la charla se agrega al grupo de viajeros Cipriano García.

La generosidad con que reciben los Coronel a los visitantes aparece en varios relatos de la época, y el toldo de esta familia instalado en Cañadón de los Misioneros se convierte en lugar obligado de reunión de todo viajero. En *Páginas de ayer*, Albarracín, en 1878, dice de la singular pareja:

La única vivienda de seres humanos que había en el centro del valle era el toldo del paisano Coronel, casado con doña Rosa, hija de un cacique tehuelche, y que nada debía por cierto a la belleza; rodeaban a este matrimonio aborigen un enjambre de chiquilines y una jauría de perros flacos, que se revolcaban con ellos en el arenal del cañadón(18).

Santiago J. Albarracín

Fruto de su viaje marítimo y del reconocimiento que hace de la patagonia austral, el libro de Santiago Albarracín, *La escuadra argentina en la Patagonia. Páginas de ayer* elabora una interesante descripción de su experiencia, poniendo especial atención en los lugares y personas que encuentra. No tiene un nivel científico similar a la obra y los estudios de Francisco P. Moreno, ni es tan rico como las memorias de Musters, pero tiene la virtud de dar testimonio de las cosas que encuentra y mostrar su propio punto de vista sobre el universo que descubre en la zona austral del continente americano. Le da a su memoria el sabor de la descripción de lo cotidiano y simple pero real, a modo de un diario personal.

En principio, cuando llega a la zona del río Santa Cruz, específicamente al Cañadón de los Misioneros, Albarracín se encuentra con las ruinas de lo que fue el

intento de poblamiento e industrialización pesquera de la familia Rouquaud, haciendo una breve pero relevante descripción de los restos de aquel proyecto económico-industrial. En ese lugar se encuentra con la familia Coronel. Cuando poco después arriba a isla Pavón, no hace, como puede verse en otras memorias, una detallada pintura del establecimiento de Piedra Buena, pero resulta interesante el relato de sus experiencias en el lugar:

Habiendo sido invitado nuestro comandante por el señor Dufour, cuñado del teniente coronel Piedra Buena, para ir a pasear a la isla Pavón y salir a bolear guanacos por los alrededores, aceptó tan amable invitación y nos mandó a llamar a Nunes y a mí, para que participáramos del paseo[...]. Dos días después, aprovechando la marea entrante, nos largamos Nunes y yo en el segundo bote con cinco marineros, llevando dos fusiles Remington con una buena provisión de cartuchos a bala, un cuchillo de monte y algo más indispensable- ¡para engañar nuestro apetito azuzado por el aire fresquito de la mañana!- unas cuantas galletas de marinero y una cajita de *paté fois gras*. Como era poco el contenido de la cajita, dimos solamente galleta a los marineros.

Para entretenernos a la noche llevaba mi violín que, mal que mal, algo nos serviría para distraernos.

Durante la travesía el paisaje cambiaba de aspecto, las barrancas nos parecían más fértiles, más verdes y lo que en otras partes nos habrían parecido arbustos aquí nos parecían arbolitos.

Al llegar a un punto llamado Salinas vimos dos casas sin habitantes y en la costa de enfrente unos cuatro individuos, que estaban cortando adobes y cuidaban unas 90 y tantas vacas, pertenecientes a la colonia futura.

Qué contento y que alegría la nuestra al ver caras nuevas y algún movimiento! Hablamos con ellos y nos dieron carne de guanaco para llevar a la isla y dos quirquinchos.

Al acercarnos a la isla, encontramos tres islotes, cubiertos de arbustos, cuyo verdor alegraba el corazón y nos hacía concebir un agradable paseo[...]. Entonces nos dirigimos a nuestro destino, donde entramos gente, casas, animales y[...]. café con leche. Nunca hubiera creído encontrar en aquella latitud una casa tan bien arreglada. ¡No era un

palacio! Lejos de eso, pero era un chiche en aquel desierto, pues la pieza que habitaba el cuñado de Piedra Buena era una monada, muy abrigada, pues tenía piso de madera y el cielo raso no muy alto; agregando a todo esto paredes gruesas y una estufa en el rincón del cuartito, ¿quién tendría frío en el invierno? (19).

Escuetamente nombra a algunas personas de la factoría de isla Pavón, menciona los lugares agradables que encuentran y se dedica a dibujarlos, impresionado por los espacios verdes y los cultivos de la isla, que la distinguen notoriamente del resto del desierto patagónico.

Resulta evidente que la cacería lo atrae, porque en varias partes de su relato habla de los distintos animales que cazaban. Igualmente es pródigo en la descripción de las distintas comidas que se consumen en Pavón, que, tal como se ve en la nota continua, la alimentación son abundantes y variadas:

Vino la hora del almuerzo-comida. El puchero estaba hecho con carne de avestruz; muy bueno, excelente. En seguida vino un guiso de arroz con carne –nos pareció hecho con bastante manteca salada- y por último unos bifés muy tiernos y muy bien cocinados, que también nos parecieron hechos con mucha manteca; como nunca habíamos comido así, ni Nunes ni yo pudimos dar con el quid, hasta que, sonriéndose, los anfitriones nos dijeron que eran de carne de potro. No eran malos, pero me gustó más el puchero de avestruz (20).

Desde Pavón hacen diferentes incursiones por otros lugares de la costa austral, retornando a la isla cada vez que era preciso reabastecerse. Cuando aparece el escorbuto entre los miembros de la tripulación del barco, se aprovisionan de carne vacuna de la zona, compran en la factoría otros alimentos frescos, y toman apio cimarrón y otras plantas medicinales recogidas en el cañadón.

Facilitado el traslado por la cercanía con que se encontraba –aproximadamente dos horas a caballo- se traslada nuevamente a Misioneros, donde vivía la familia Coronel, llevándole, por pedido de Pedro Dufour, un poco de azúcar y yerba. Al llegar es recibido por una jauría de perros famélicos que corren hacia él ladrando y que son apartados por el gaucho Coronel, quien a latigazos aleja a los canes acompañado por un enjambre de chiquilines “sucios y gritones”, que eran sus hijos. Su experiencia en la zona de Santa

Cruz es sumamente rica en experiencias y nos permite recrear un mundo aislado y rústico a través de los ojos de un marino que tiene la virtud de saber recoger los pequeños detalles de la vida en esa parte de nuestra zona de frontera. Sin embargo al abandonar la región exclama, junto con los otros hombres, “rebosando de franca alegría”: “¡Adiós Santa Cruz!”, y riendo, uno de sus camaradas versifica con ingenio:

Adiós, tierra ingrata
de toninas y pengüines
gaviotas y gaviotines
Rosa Coronel y todos sus chiquilines! (21).

Carlos María Moyano

Es uno de los exploradores más importantes de Santa Cruz, dirigiendo o acompañando a las excursiones, y es además el primer gobernador del territorio. Moyano recorre palmo a palmo sus extensiones, conociendo los distintos rincones de su geografía y sus posibilidades productivas. Sus informes tienen gran importancia para el gobierno, otros viajeros y futuros pioneros. En uno de sus escritos, *A través de la Patagonia. Informe del viaje y exploración desde Santa Cruz a Chubut*, describe con detalle sus numerosas experiencias. Sus relatos y apreciaciones sobre el poblamiento y la productividad de los suelos, tienen el singular valor del hombre conocedor, criterioso y experimentado sobre las posibilidades de aquella patagonia que tanto apreciaba. El 9 de julio de 1875, en la goleta Santa Cruz y con el capitán Luis Piedra Buena, embarca el alférez Carlos Moyano, iniciando junto con Moreno un viaje que durará cuatro meses, y del que vuelven hambrientos, rotos, descalzos y barbudos. Amigo de Piedra Buena y de Moreno, Moyano regresa al territorio austral durante el período anterior a la colonización y trabaja constantemente en Santa Cruz y específicamente en la isla Pavón, defendiendo la soberanía argentina e iniciando las tareas para concretar sus proyectos de colonización. Hablar de Moyano por sí mismo excede las posibilidades de este trabajo, por su importancia y el enorme caudal de su tarea en el sur. Solamente reuniremos algunos ejemplos que nos sirvan para perfilar su personalidad y valorar su tarea a favor de los principios argentinos desde su posición patagónica. Estimado y respetado por los indios tehuelches, mantiene con ellos una muy buena relación.

Una muestra del profundo patriotismo de Moyano y los hombres de isla Pavón, siempre dispuestos a nuevos descubrimientos, es la escena descrita en esta nota aparecida en la revista *Argentina Austral*:

1877, 1 de enero. En presencia de Francisco Moreno, a la salida del sol, todos los habitantes que existían en el territorio de Santa Cruz corean el himno de la patria, al son de un[...]acordeón, tocado por Pedro Dufour. Moreno y sus dos marineros, con uniforme de gala, saludan a la bandera que se iza lentamente sobre el rancho del islote Pavón. Luego de algunas exploraciones preliminares, parten Moyano y Moreno hacia el lago que bautizaron Argentino y tras lucha desesperada, alcanzan la más hermosa victoria al descubrir el lago San Martín, el más hermoso de la Patagonia (22).

Carlos María Moyano se instala en isla Pavón y se convierte en la única autoridad argentina que existe en el dilatado desierto, trabajando con empeño para nuevos descubrimientos y, sobre todo, para colonizarlo. Dentro de la soledad en que se encontraba la factoría, la llegada de un barco constituye un motivo de alegría que rompe la monotonía cotidiana. Mientras Moyano continúa con sus tareas hace amistad con los indios y se dedica a la caza de guanaco, desde la madrugada hasta la puesta del sol. Los frutos de las diferentes cacerías sirven para abastecer el almacén y a los distintos barcos que recalcan en sus orillas.

En ese lugar tan aislado, los hombres tienen que realizar todo tipo de tareas. El corresponsal de *La Prensa* en 1879 señala que:

Días pasados presencié en Misioneros[...]sin misioneros, un acontecimiento que no dejó de llamarme la atención. Me refiero a un bautismo llevado a cabo en un indiecito.

A falta de sacerdote, hizo las veces de ministro de altar, nuestro jefe, teniente Moyano[...] (23).

De 1883 data una nota muy curiosa pero no extraña para la vida de la soledad patagónica. Es conocida la buena relación de Moyano con los tehuelches, particularmente con el cacique Orkeke, y del relato de *Un viaje con el Villarino*, se extrae lo siguiente:

La tribu de Orkeke tomada en Puerto Deseado por la expedición de Vintter, tenía su campamento en “Salinas”, a inmediaciones de Santa Cruz. Orkeke, el jefe, es un tehuelche de estatura más que regular. No sabe cuantos tiene; nunca los quiso contar. Es vigoroso, sólido. Su edad puede calcularse en más de 70 años. Esta tribu fue la mejor amiga que encontraron Moyano y Lista. La india María, es una linda joven, rubia, buena moza. María lleva enaguas limpias, vestido de saraza y un rebozo de lana nuevecito. Es madre de dos hijos (Hijos naturales de Moyano, luego educados por él en Mendoza.)[...] (24).

Hombre de voluntad, inquietud y fuerte sentido de patria, Moyano dirige algunas expediciones y colabora en otras. Así conduce el viaje al norte, siguiendo la huella de los indios para llevar ganado vacuno y equino a Santa Cruz, abriendo de este modo una ruta para beneficio de los blancos. Conocedor como pocos de la naturaleza humana y geográfica de la Patagonia, es el primero que, con fuerte intención colonizadora, insta a que el poblamiento se realice con personas acostumbradas a la rudeza del lugar y, coincidiendo con Bernardo de Irigoyen, iniciará, cuando sea nombrado gobernador en 1884, las corrientes inmigratorias procedentes de Punta Arenas y Malvinas. Es también él quien en sus informes trata de convencer al gobierno nacional de que en el territorio de Santa Cruz sólo se puede producir el ovino, por las características del suelo y el clima. También es él quien inicia los ofrecimientos de tierras del estado a ganaderos de Magallanes y de Malvinas, uniendo inmigración y distribución de tierras. El resultado de su pensamiento y su política es el inicio del poblamiento y de la productividad en el ya creado territorio nacional de Santa Cruz.

Los ejemplos que hemos presentado representan una parte significativa de los distintos viajeros y pioneros que visitaron o habitaron la zona del río Santa Cruz y sus alrededores. Fueron los primeros hombres y mujeres blancos que visitaron y vivieron en esta zona y que sembraron la semilla de lo que, pocos años después, será el inicio del poblamiento del territorio nacional de Santa Cruz. Sus experiencias y relatos servirán de enseñanza para los que vendrán a poblar esas tierras. Hay más ejemplos que los señalados, pero creo que los que presento en este trabajo resultan testimonios suficientemente válidos para reconstruir la vida de frontera en la historia del territorio austral americano a través de los ojos de los viajeros y los primeros pobladores.

Notas y citas bibliográficas

- 1.- Sergio Vergara Quiroz, *Economía y sociedad en Magallanes 1843-1877*, Santiago, Ed. Universitaria, 1973, p. 12.
- 2.- Armando Braun Menéndez, *Pequeña historia magallánica*, Buenos Aires, EMECE Editores, 1945, pp .65-66
- 3.- Mateo Martinic Beros, *Presencia de Chile en la Patagonia austral 1843-1879*, Santiago, Ed. Andrés Bello, 1971, p. 87.
- 4.- Armando Braun Menéndez, “*La primera presidencia de Roca*”, *Historia Argentina Contemporánea 1862-1930 Historia de las presidencias 1898-1930*, Academia Nacional de la Historia, Vol. II, Buenos Aires, Ed. El Ateneo, 1965, p. 73.
- 5.- Martinic Beros, *Presencia de Chile en la Patagonia Austral 1843-1879*, *Op.Cit*, p. 109.
- 6.- Archivo Nacional, A M I., Vol. 220, *Oficio del Ministro del Interior, Varas, Julio de 1853*, según Sergio Vergara Quiroz, *Economía y sociedad en Magallanes 1843-1877*, *Op.Cit*. p. 33.
- 7.- Doroteo Mendoza, *Diario y memoria del viaje al estrecho de Magallanes 1865-1866*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1965, pp.13-14
- 8.- *Ibidem*, pp.24-25
- 9.- *Ibidem*, p. 32
- 10.- *Ibidem*, pp. 21 y 26-28
- 11.-Antonio Alvarez, *Los pueblos santacruceños hasta 1900*, Buenos Aires, s/e, 1970, pp. 41-42
- 12.-George Musters, *Vida entre los Patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1964, p.90.
- 13.- *Ibidem*, pp. 61-64
- 14.- *Ibidem*, pp. 64-65
- 15.- Francisco P. Moreno, *Viaje a la Patagonia austral*, Buenos Aires, Ed. El Elefante Blanco, 1997, pp.196-197.
- 16.-*Ibidem*, pp. 198.
- 17.- Ramón Lista, *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia 1877-1880*. Buenos Aires, Ed. Marymar, 1975, pp.76-77.
- 18.- Santiago Albarracín J., *La escuadra argentina en la Patagonia, Páginas de ayer*, Buenos Aires, Marymar, 1976, p.98
- 19.-*Ibidem*, pp.114-116.

20.- *Ibidem*, p.116

21.- *Ibidem*, p. 153

22.-Carlos Borgialli, “Rememorando al Capitán de fragata Carlos María Moyano, en vísperas de su monumento”, en *Argentina Austral*, Buenos Aires, Sociedad Anónima y Exportadora de la Patagonia, t. 1, 1978, p. 385.

23.-*Ibidem*, p.386.

24.- *Ibidem*, p.387

Bibliografía

Albarracín, Santiago J., *La escuadra argentina en la Patagonia, Páginas de ayer*, Buenos Aires, Marymar, 1976.

Alvarez, Antonio, *Los pueblos santacruceños hasta 1900*, Buenos Aires, s/e, 1970.

Argentina Austral, Buenos Aires, Sociedad Anónima y Exportadora de la Patagonia, t. 1, 1978.

Braun Menéndez, Armando, “La primera presidencia de Roca” en Academia Nacional de la Historia, *Historia Argentina Contemporánea 1862-1930, Historia de las presidencias 1898-1930*, Vol. II, Buenos Aires, Ed. El Ateneo, 1965.

-*Pequeña historia magallánica*, Buenos Aires, EMECE Editores, 1945.

Entraigas, Raúl A, *Piedra Buena, caballero del mar*, Secretaría de Marina, Departamento de Estudios Históricos Navales, Biografías navales argentinas, Serie C, N° 9, Buenos Aires, 1966.

Lista, Ramón, *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia 1877-1880*. Buenos Aires, Ed. Marymar, 1975.

Martinic Beros, Mateo, *Presencia de Chile en la Patagonia austral 1843-1879*, Santiago, Ed. Andrés Bello, 1971.

Mendoza, Doroteo, *Diario y memoria del viaje al estrecho de Magallanes 1865-1866*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1965.

Moreno, Francisco P., *Viaje a la Patagonia austral*, Buenos Aires, Ed. El Elefante Blanco, 1997.

Moyano, Carlos, *A través de la Patagonia. Informe del viaje y exploración desde Santa Cruz al Chubut*, Buenos Aires, Imprenta de la Tribuna Nacional, 1881.

Moyano, Clarisa, *Carlos Moyano. El explorador de la Patagonia*, Buenos Aires, s/e, 1948.

Musters, George, *Vida entre los Patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1964.

Vergara Quiroz, Sergio, *Economía y sociedad en Magallanes 1843-1877*, Santiago, Ed. Universitaria, 1973.

ARCHIVOS

Archivo General de la Nación (Argentina).

Archivo Histórico de Santa Cruz (Argentina).

Archivo y Biblioteca Nacional de Chile.